

Hubo un nuevo silencio. Se miraron, y sin pronunciar palabra, leyeron distintamente en sus respectivos corazones. El martirio que ambas sufrían era tan parecido, que sintieron en el mismo instante una misma compasión. Obligadas á condenar, la una á su padre, la otra á su madre, cada una tuvo un movimiento de todo su ser hacia su amiga, tan desgraciada como ella. Y abrazándose, rompieron en sollozos.



V.

## EL LAGO DE PORTO

Mientras Alba tuvo entre sus brazos á su amiga, palpitante de dolor y de lástima, las lágrimas de ésta hicieron bien á su triste corazón; mas cuando Fanny partió y la señorita Steno se encontró sola frente á frente á su pensamiento, acometiolo una tristeza más profunda. La compasión que había mostrado su compañera en el dolor, ¿no era una prueba más de que tenía razón al no creer en su madre? Ni sus propias observaciones sobre la manera de ser de la Condesa, ni la denuncia del anónimo, ni el duelo de Boleslas, ni la carta de Maud, ni aquella partida demasiado significativa, habían podido llevar á su espíritu la certeza absoluta. ¡Entre la evidencia total y la sospecha de las hipótesis más inverosímiles hay tantos grados! Alba había pasado por todos, y cada incidente nuevo había hecho nacer en ella una nueva sospecha. Lo que acababa de ver al través de las lágrimas de Fanny, acrecentaba la opresión que aquélla le producía. ¿Qué



sabía esta reciente y ya tan tierna amiga? ¿Por qué la compadecía hasta en una crisis tan violenta de desdicha personal? La respuesta á estas preguntas era demasiado clara y tan cruel para la joven, que se llevó las manos al corazón como para arrancar de su seno aquella invisible aguja, cuya punta la desgarraba, y gemía:

—¡Ah! ¡Si me engaño, que lo sea al menos; y si no me engaño, que lo sepa también! ¡Sufiré menos!

La pobre niña no adivinaba que mientras arrojaba hacia el destino aquel llamamiento desesperado, había en Roma una criatura ocupada en realizar su insensato deseo. Y aquella criatura era la misma que no había retrocedido ante la infamia del anónimo, aquella linda y siniestra Lidia Maitland, aquella astuta y silenciosa mujer, de grandes ojos oscuros, siempre sonriente, siempre impenetrable, con su tez lisa y mate que ninguna emoción parecía haber contraído. El mal éxito de su primera tentativa había exasperado su odio contra su marido y contra la Condesa hasta el furor, pero un furor reconcentrado que espiaba una nueva ocasión de dar el golpe, desde hacía algunas semanas, paciente, obscuramente. Cuando Boleslas, volvió, creyó ella tener asegurada su venganza. ¿Y qué había conseguido? Desembarazar á Lincoln de un rival peligroso y poner en peligro la vida del único ser que amaba en el mundo.

Acababa de pasar largas horas á la cabecera del lecho de su hermano, del que era tan apasionadamente celosa, con un afán que hubiera sido sublime á no servir en aquella alma de constante pábulo al odio. En aquel cuarto de enfermo había notado de nuevo á ca-

da hora, casi á cada minuto, la profunda amistad que el herido sentía por aquel por quien se había batido.

¡Florent estaba reconocido á Maitland por haber podido arriesgar la vida por él! ¡Qué alegría experimentó cuando Lidia le habló de la partida de Boleslas! ¡Qué alegría cuando la Condesa les había comunicado su proyecto de una larga estancia en Pieve, después de un fin de verano en Venecia, todos juntos!

Aquella estancia en el campo con la querida de su marido acababa de exasperar la cólera oculta de Lidia. Arrojava gritos como una bestia aprisionada que golpea los hierros de su jaula, ante la imagen de la dicha que los dos amantes gustarían en la intimidad de la ciudad, rodeados de los esplendores del paisaje de Venecia.

Lincoln, con su memoria de pintor, le había descrito aquellos paisajes, de los que, en sus cuadros, Giorgione, Ticiano y Benifacio han fijado la poesía, el opulento verdor, las ondulaciones, las lejanías azuladas. En el estudio, una copia antigua de una fiesta campestre, atribuída á cada uno de estos tres artistas, mostraba una cortesana cerca de un pozo; y con su magnífico seno, su gesto, sus cabellos rubios, entremezclados de perlas, su boca húmeda y sensual, parecía una hermana de Catalina Steno, mientras que uno de los señores, que tocaba el violín cerca de ella, tenía los hombros, la insolente placidez del americano. La nerviosa y seca Lidia sentía que la hiel le anegaba el corazón cada vez que miraba el lienzo, que le representaba la perspectiva de una dicha que no podía impedir. ¿De qué arma podría valerse? ¿Escribir nue-



vos anónimos? ¿Para qué? Después del duelo había enviado uno á la veneciana, que se había burlado de aquella infamia con la alegría insolente de la fuerza que no se acobarda? ¿Qué había conseguido, advirtiéndole á Alba. Una tristeza inútil, puesto que la Condesita seguía cubriendo con su inocencia los desórdenes de su madre. Sin duda la esposa engañada podía provocar un escándalo y un divorcio, merced á las indiscutibles pruebas que poseía. Bastaba entregar á su abogado la correspondencia que dormía en el mueble español.

¿Pero qué se conseguiría? No se vengaría de su marido, á quien este divorcio sería indiferente, hoy que ganaba tanto como deseaba, y perdería á su hermano. Por evidentes que las torpezas de Lincoln fuesen, Lidia estaba segura de que Florent le preferiría á ella; preferencia que excitaba su odio más que nada. Pasaba revista á todas las personas y á todos los medios, y su instinto, aquella especie de doble vista animal, como de un reptil venenoso y feroz, acababa siempre por llevar su pensamiento hacia Alba. Durante las interminables sesiones, que el encarnizamiento del pintor apasionado renovaba sin cesar, ella estudiaba también el pálido y delgado rostro de la joven. Adivinaba en sus ojos azules, cuyos párpados se agitaban nerviosamente, un infinito misterio de rebelión. Examinaba aquella boca medio abierta, de tan amargo pliegue. Seguía aquella visible consunción de una adolescencia atormentada por una idea fija. No; no eran la actitud ni el rostro de un cómplice, ni tampoco el aspecto de una persona que está al tanto de todo. Lidia se había repetido que, advertida, como

Alba lo había sido, por el anónimo, la duda sobre la conducta de la señora Steno no era posible. Pero innumerables detalles la convencían de que la Condesita dudaba todavía, y entonces se repetía:

—A ella es á quien hay que dar el golpe... Pero, ¿cómo?.....

Sí... ¿Cómo? Al servicio del odio de aquella mujer, en apariencia insignificante, había esa energía viril en la decisión que se encuentra en todas las familias de origen verdaderamente militar. La sangre del coronel Chaprón se agitaba en ella, dándole la necesidad de obrar. ¿Qué arriesgaba volviendo esta acción contra Alba? Si la joven sabía lo que era su madre, una prueba más no la enseñaría nada; pero no había riesgo en dársela. Sí, por el contrario, la Condesita no había llegado á la certeza, aquella prueba decisiva, ¿no traería un resultado práctico? Por audaz que fuera la veneciana, la sería difícil, una vez convencida su hija de que era la querida del pintor, llevar á éste y á su hija á Piove. Lidia acabó, pues, de elaborar uno de esos planes de una sencillez abominable, donde se revela lo que es preciso llamar el genio del mal; tanta lucidez en la concepción y tanta villanía suponen. Habíase dicho que no era preciso buscar otro teatro fuera del estudio para la escena decisiva que meditaba. Conocía demasiado el furor del amor de que la señora Steno estaba poseída, para dudar que, tan pronto como estuviera sola con Maitland, no le prodigaría esos besos locos de que en sus cartas hablaba. La comedia era muy sencilla. Bastaba que Alba y Lidia se encontrasen en un puesto de obser-



vacación, mientras los dos amantes se creían solos, aunque no fuese más que por un minuto.

La disposición del lugar daba á la terrible mujer el medio de crear este sitio de espionaje con toda seguridad. Colocado en lo alto de dos pisos el estudio, ocupaba la mitad de la extensión de la casa. El muro que le cerraba por la parte correspondiente á las habitaciones, acababa en un tabique, formado de cristales de colores, al través de los cuales era imposible ver nada. Este vidriaje bastaba para dar un poco de luz á un corredor sombrío, contiguo á una habitación donde se guardaba la ropa blanca. Lidia empleó varios días y varias noches en cortar con el diamante de una sortija, un redondel del tamaño de una pieza de cincuenta céntimos, en uno de los vidrios deslustrados. Tuvo cuidado de ejecutar esta operación, de pie sobre una banquetta, de tal manera, que una vez descubierto el caso, se pequeña estatura la pusiera fuera de toda sospecha. Llegaba al agujero, sin embargo, alzándose sobre la punta de los pies. Pues era necesario que ella también pudiese mirar por aquella abertura, y lo minucioso de su cálculo descendía hasta este detalle. Concluyeron estos preparativos, y durante algunos días, y á pesar de la ausencia de escrúpulos en la satisfacción de sus odios, dudaba todavía de emplear aquel procedimiento de venganza, por ser tan cruel hacer expiar de aquel modo á una madre por su hija. La misma Alba se encargó de extinguir aquella última llama de humanidad que alumbraba tan tenebrosa conciencia, sucediendo esto por la más inocente de las conversaciones.

Era la misma noche de la tarde en que había cam-

biado con Fanny aquel triste adiós. Estaba aún más enervada que de costumbre y hablaba con Dorsenne en el rincón del "hall" de la villa Steno, testigo de



tantas conversaciones semejantes, el único consuelo de su tristeza. En aquel momento había poca gente, y los dos jóvenes habían bajado al principio la voz, para no ser oídos. Después, como sucede frecuente-



mente, habían vuelto, sin notarlo, á su tono natural, poco á poco, preocupados únicamente de lo que se decían, y sin notar que Lidia se aproximaba algo á ellos por un sencillo cambio de asiento que le permitió, hablando con otro, prestar oído á las frases pronunciadas por la Condesita. Era ese instinto que la llevaba á leer las cartas más insignificantes que caían en sus manos, á interrogar á los criados, á espiar en fin, bajo todas las formas y en todas las circunstancias. He aquí las palabras que sorprendió. Pronunciándolas la pobre Alba, traspasaba los límites de su pensamiento. ¡Ella todo generosidad y justicia!

Pero sufría, y aliviaba su sufrimiento hablando amargamente de aquel á cuya imagen se asociaba estrechamente el recuerdo de su peor verdugo. Se trataba de Florent Chaprón, y respondía á Dorsenne, que le hacía su elogio:

—¿Que quiere usted? Es verdad que casi siento repulsión por él. Para mí es algo como un ser de otra especie. ¿Su amistad por su cuñado? Sí... Es muy hermosa. Muy conmovedora. Pues bien. A mí no me conmueve. Es un sacrificio que no es humano... Demasiado instintivo y demasiado ciego. En fin; sé que no tengo razón. Hay ese prejuicio de raza que no venceré jamás.

Dorsenne la tocó en la mano en aquel momento, bajo pretexto de cogerla el abanico, y, en realidad, para advertirla, diciéndola en voz baja, esta vez:

—Vamos un poco más lejos. Lidia Maitland está demasiado cerca.

Había creído sorprender un estremecimiento en la hermana de Florent, á la que, por casualidad, había

mirado, mientras que su sensible interlocutora no hacía caso de ella. Mas como la sonora risa de Lidia se oyese en aquel momento, la imprudente Alba respondió:

—Felizmente no ha sido nada. Vea usted cómo se puede causar un disgusto sin sospecharlo. He hablado con mucha ironía—continuó,—pues no es falta suya ni de Florent, si hay algo de sangre negra en sus venas, tanto más cuanto que ha sido corregida por sangre de héroe, y que ambos están perfectamente educados, y, lo que es mejor, son buenos, y creo, además, que si hay una gran idea en este siglo es la...  
clamado que todos los hombres...  
esta noche estoy nervioso...  
impresionado mucho, y...  
uno malo. ¿Quiere usted...  
De su amigo Montfan...  
deseo conocer. ¿Se ha...  
tido al duelo? Ahora...  
á perdonar también...



Había hablado en...  
otra p...  
oído

que corría aquella madre á quien acababa de sorprender así, apretando entre sus brazos ¿á quién? al marido de la mujer que la hablaba, que la preguntaba por qué temblaba de espanto, que iba á mirar por aquel mismo sitio... á ver el mismo cuadro. A fin de impedir lo que creía debía ser para Lidia una revelación terrible, la animosa niña tuvo entonces una de esas ideas desesperadas, que un inmediato peligro inspira. Dió con la mano que le quedaba libre, un



No esperó más que veinticuatro horas para ejecutar el funesto proyecto que debía consumir la desgracia de una pobre niña sin defensa. Al día siguiente por la mañana, á eso del mediodía, se encontraba en el estudio junto á la señora Steno, mientras Lincoln daba al retrato, casi acabado al fin, las últimas pinceladas, y Alba estaba sentada en el gran sillón, absorta y pálida como de costumbre. Florent Chaprón, después de haber asistido él también á una parte de la sesión, acababa de retirarse, apoyado en su muleta, de la que aún se servía por precaución. Esta ausencia Pero sufría, y alivia á Lidia, que en seguida resolvió amargamente de aquel á cuya honorable ocasión, y como si una trechamente el recuerdo de su pe... udarla en su infame obra, taba de Florent Chaprón, y respon... de repente la labor: del trabajado sin cesar du... le hacía su elogio:

—¿Que quiere usted? Es verdad, para enjugar su frente, repulsión por él. Para mí es algo como gotas de sudor; tan especie. ¿Su amistad por su cuñado? en la tarea. hermosa. Muy conmovedora. Pues bien, la afectuosa solicitud conmueve. Es un sacrificio que no es humano... preciso que descansa demasiado instintivo y demasiado ciego. En fin; sé que No de no tengo razón. Hay ese prejuicio de raza que no venceré jamás.

Dorsenne la tocó en la mano en aquel momento, bajo pretexto de cogerla el abanico, y, en realidad, para advertirla, diciéndola en voz baja, esta vez:

—Vamos un poco más lejos. Lidia Maitland está demasiado cerca.

Había creído sorprender un estremecimiento en la hermana de Florent, á la que, por casualidad, había

intensa. Su plan había resultado. Dijo á la desgraciada víctima:

—Pero ¿qué tiene usted? ¡Cómo tiembla usted!

Y ensayó quitarla, para ponerse en su lugar.

Alba, á quien la vista de su madre besando á Lincoln, con aquel beso apasionado, producía en aquel instante un horror inexplicable, conservó, sin embargo, la suficiente lucidez para comprender el peligro



que corría aquella madre á quien acababa de sorprender así, apretando entre sus brazos ¿á quién? al marido de la mujer que la hablaba, que la preguntaba por qué temblaba de espanto, que iba á mirar por aquel mismo sitio... á ver el mismo cuadro. A fin de impedir lo que creía debía ser para Lidia una revelación terrible, la animosa niña tuvo entonces una de esas ideas desesperadas, que un inmediato peligro inspira. Dió con la mano que le quedaba libre, un

LIBRARY OF THE  
MUSEUM OF HISTORY  
AND ETHNOLOGY  
SMITHSONIAN INSTITUTION  
WASHINGTON, D. C.  
1887



golpe tan violento sobre el cristal, que le rompió con estrépito, desgarrándose los dedos y el puño. Después se arrojó á su compañera lanzando un grito de dolor. ¿Era la herida de su mano ensangrentada ó su corazón herido por la horrible visión lo que se aliviaba con aquel gemido? La otra respondió coléricamente:

—¡Lo ha hecho usted con intención, desgraciada!

La feroz criatura se había precipitado, diciendo estas palabras, al agujero abierto en el cristal. ¡Ya era tarde! Vió solamente á Lincoln de pie en medio del estudio, mirando al sitio donde el vidrio había sido roto, mientras que la Condesa, de pie también á algunos pasos de él, gritaba:

—¡Mi hija!... ¿Qué la ha sucedido?... ¡He reconocido su voz!...

—No se inquiete usted—respondió Lidia con atroz ironía.—Es que Alba ha golpeado en el cristal, para hacerla á usted una señal.

—Pero, ¿está herida?—preguntó la madre.

—Poca cosa—respondió con la misma ironía la implacable mujer; y se volvió á la Condesita para mirarla con tal rencor, que hasta en el estado de agitación en que esta última se encontraba por lo que había sorprendido, aquella mirada la heló de espanto. Sintió el mismo estremecimiento que su amiga Maud había sentido en el taller ante los terribles abismos de aquel alma tenebrosa, repentinamente descubiertos. No tuvo tiempo de precisar esta impresión ni de tomar de ella plena conciencia, pues ya su madre estaba á su lado, oprimiéndola en sus brazos... los mismos que Alba acababa de ver ceñidos al cuello de un amante mientras le besaba... La sacudida moral fué

tan fuerte, que la joven se desvaneció... ¡Qué no hubiera dado por morir en aquel espasmo de un dolor supremo, antes de ser arrastrada por aquel dolor á las trágicas locuras que ella expía tal vez hoy, aunque en el mundo de eternal é impecable justicia debe haber un lugar de reposo y de perdón para las cristu-



ras, como ella, víctimas de las faltas que otros han cometido... Pero no... Volvió en sí casi en seguida. Vió á su madre loca de inquietud, como hacía un instante la había visto temblorosa de alegría y de amor. Vió de nuevo los ojos de Lidia Maitland fijos sobre las dos, con una expresión demasiado significativa ahora. Y como había tenido la presencia de ánimo sufi-



ciente para salvar á su madre, encontró en su ternura la fuerza para sonreírla, para mentirla, para ocultarla la verdad de la odiosa escena que acababa de efectuarse en el corredor.

—Me ha asustado ver mi propia sangre—dijo con gracia temblorosa,—y sin embargo, creo que no se trata más que de leves cortaduras. Mira. Muevo la mano sin que me haga mal...

Tenía razón, y cuando el médico, llamado á toda prisa, hizo constar que en las desgarraduras no había quedado ningún pedazo de cristal, la Condesa recobró su alegría. Nunca había mostrado un humor más encantador que en el carruaje que les restituía á la villa Steno y durante el almuerzo que madre é hija hicieron juntas. Cogiendo el brazo de Alba para salir al comedor, la dijo:

—Vas á estar muy interesante en el "garden-party" de la embajada.

—No iré—respondió vivamente la Condesita.—¿Sabes?... Estoy muy nerviosa. Me sería penoso ver gente.

—Como quieras—respondió la señora Steno, riendo sonoramente.—¡Y se habla luego de herencia!... ¡A mí cualquier peligro me exalta más! Jamás he bailado con tanto placer como el día en que estuve á morir en un descarrilamiento. Ya te lo he contado, ¿no recuerdas? Entre Padua y Mestre... Y, sin embargo, había visto la muerte de cerca. Pero no insisto... Cada uno tiene su carácter. Tú sabes mi divisa: ¡Vivir y dejar vivir!

Para un alma obligada por la evidencia á condenar á otra sin dejar de amarla, no hay peor dolor que el

de advertir la inconsciencia absoluta de esta otra alma y su serenidad en la falta. Pero cuando se trata de una madre, es decir, de un ser al que no podemos juzgar como criminal sin cometer un verdadero parricidio moral, este dolor se exalta hasta el suplicio. Obsesionada por la visión de la mañana, Alba no hubiese sido preservada de la desesperación sino por la evidencia de una turbación en la culpable, de una lucha, de un remordimiento. El encontrarla tan tranquila, tan alegremente ocupada, en la esperanza de una partida de placer, contrastaba de una manera demasiado fuerte con lo trágico de la prueba que la joven acababa de experimentar. Sentíase abrumada por una tristeza pesada, horrible, y que se hizo materialmente insoportable cuando hacia las dos y media, su madre se despidió de ella, aunque la fiesta de la embajada inglesa no comenzaba hasta las cinco.

—He prometido al pobre Hafner ir á verle hoy. Está enfermo del disgusto. Querría procurar arreglarlo todo. Te enviaré el carruaje por si quieres salir un poco. He avisado por teléfono á Lidia que á las cuatro me espere en su casa. Ella me llevará.

Tenía, para detallar este empleo tan natural de la tarde, los ojos muy brillantes, una sonrisa muy dichosa.

Estaba muy joven con su vestido claro. Sus pics se movían con impaciencia. ¿Cómo no hubiese comprendido Alba que mentía? La niña tuvo la intuición de que aquella visita al padre de Fanny no era más que un pretexto, y no era la primera vez que la Condesa empleaba, para librarse de una vigilancia incómoda, aquel procedimiento de enviar el coche oficial,